

La edad instantánea

SAVATER, Jiménez Losantos, Marias, Ullán, Azúa, Cardín, Barnatán et alii. He aquí una muy brillante nómina de buenos amigos de raldas y de leídas que, desde mi lejanía espacial —tres cuartos de hora según Iberia— y trato temporero, siempre habla catalogado con admiración sincera en un mismo registro discursivo, sin demasiados problemas de sintaxis y con cierta inclinación a la analogía semántica. Cierzo que aquí los hay guapos y

feos, metafóricos y metonímicos, altos y bajos, narrativos y surrealistas, de influencia francesa y de sonido anglosajón, escépticos pasivos y nihilistas activos, pero jamás sospeché tras la diversidad de estilísticas personales una adversidad de ideas fundamentales por las que

vivir o matar. Ninguno es positivista, marxista, tomista o franquista, ni siquiera estructuralista. Los reuní en varias ocasiones en las páginas de una revista literaria asturiana y no pocos lectores —y todos los editores— se negaron a entender aquella coexistencia de firmas como ejemplo de pluralidad, que me la reprocharon como testigo de cargo de una concreta posición cultural.

Ellos han protagonizado las polémicas sangrientas que nos han divertido con increíble amargura este verano pero que no hay manera humana de ordenar, clasificar o interpretar si las observamos bajo el prisma de la metodología más vieja del mundo. Gracias a sus genios e improperios, la estadística de la irritación patria ha destruido los records conocidos de insultos por cíbero cuadrado, de acritudes per cápita, de agresividad media según el nivel del Mediterráneo en el Oriente Medio, de producción y productividad de embates sin tregua ni cuartel y de desmadrada circulación de plusvalías personales e intransferibles.

Para un espectador medio, como es mi caso, las figuras principales de estos altercados periodísticos tienen bastante más de copulativas que de disyuntivas y el saldo de las inclusiones es infinitamente más favorable que el de las exclusiones, generalmente de rango audiovisual, disonancias o pormenores que no hay manera de constatar a simple lectura del acontecimiento ensañador. Polémica huida de las sagradas leyes de la inferencia natural o de la deducción axiomática: sincrónica, esplendorosa, sin causa conocida, sirviendo de salvaje discriminador de actitudes culturales, que nos condena a tomar parte por la escudería de los unos cuando tampoco tenemos nada en contra de la capilla de los otros, que nos puso en un compromiso a los amigos aunque regocijó a los enemigos. Polémica, repito, entre individuos de parecidas ideologías culturales pero de diferentes atributos corporales.

Es más que estúpido intentar la síntesis o la reconciliación de estas nuevas banderías que nos han salido como agua de mayo. Entre otras razones porque estoy convencido de que las auténticas diferencias culturales de hoy no nacen, como estima la vieja ética de la confrontación, sino que se hacen, sino que se simulan a base de echarle a la falsa pelotera mucha voluntad y excelente representación ante las cajas de resonancia del Reino. Les reprochan los pu-

silónimes el ruido ensordecedor de los insultos, pero olvidan que en el guirigay ése está el meollo de lo que entendemos por modernidad cultural: tratan de provocar la necesaria diferencia por el método infalible de atacar con gritos y susurros la indiferencia dominante. Es lo que pretenden y no lo ocultan.

Naturalmente, no hay manera de entender el fondo de lo que se dirime por la sencilla razón de que no hay fondo que valga. Se acabaron sin

remisión aquellas discusiones a sangre y a fuego sobre los grandes sistemas, las cuatro o cinco ideas trascendentales que levantaron los griegos, los principios o las escatologías de la social, la moral o la teoría. Si las polémicas de ahora mismo son más virulentas —y contagio-

sas— que las de antaño es justamente porque sus reglas de juego están concentradas con exclusividad en la propia polémica; porque son polémicas químicamente puras, intransitivas, sin estorbos ideológicos o filosóficos, carentes de temas, que surgen, se desarrollan, mueren y se reproducen al margen de lo poco que ocurre en el mundo; encantadoramente narcisistas, exhibicionistas sin pudor, de nula trascendencia social, con génesis que se suele enmarañar en la inconfesada selva de la psicología elemental y que nada reflejan excepto su propio y hermoso simulacro.

Pero las bellas polémicas de ahora desempeñan con toda honestidad la sagrada función de la diferenciación intelectual, y lo hacen en cumplimiento estricto del principio de subsidiariedad, por natural acabamiento de la industria del pensamiento tradicional, para evitar el insostenible espectáculo de la in-diferencia cultural, de la aculturación de masas, como remedio casero pero necesario contra el vacío de la genialidad. Es injusto denigrar las polémicas de hogaño en nombre de la seriedad, ya que se ignora el actual paradero de ese codiciado atributo académico, que el pobre, además, nada puede modificar. Su frivolidad es aparente, pues si bien se las observa de cerca y con cariño es constatable que cumplen a rajataba los requisitos exigidos por las tremendas discusiones decimonónicas, sólo que, faltas de pan, los adversarios utilizan las tortas para marcar las diferencias, para producir y reproducir esas negritas o cursivas sin las cuales todo el tinglado de la farsa se vendría abajo con estrépito apocalíptico. Arguyen los circunspectos que en estas batallas no hay ideas sino insultos, más ingenio que genio y boutades en lugar de razonamientos, y ya me contarán esas buenas gentes extraviadas en la ucronía por dónde han encontrado esos preciosos rastros vivos de los grandes pensamientos inexistentes.

Lo horroroso, verdaderamente, sería que la impudicia de la polémica no fuera tan evidente, que se encubriera con zorrería el afán publicitario de sus contendientes, que se disfrazaran las vanidades y acritudes personales con discusiones de pretendidos altos vuelos, que se fingiera —por mimesis o por surrealismo— la enjundia que no existe ni ya es posible: que se simulara el simulacro cultural. Lo decía ese otro gran artífice llamado Gracián: "Antes loco con los más, que cuerdo a solas". ■

Locos por las masas

JUAN CUETO ALAS

ARTE ■ LET

LIBROS

La economía durante la dictadura de Primo de Rivera

A pesar del gran "boom" bibliográfico sobre temas relativos a nuestra historia social y política de los dos últimos siglos que ha tenido lugar desde no hace mucho tiempo, uno de los períodos que ha sido menos estudiado es el de la dictadura del general Primo de Rivera, el período que abarca entre 1923 y 1930 que no son sólo siete años de vida de nuestra sociedad, sino



Tuñón de Lara.

que es también una de las etapas claves de nuestro devenir histórico. Como notables excepciones cabe señalar el libro de Juan Velarde Fuertes, "Política económica de la dictadura", libro del que se han hecho varias ediciones, y con carácter más de artículo, el no menos notable trabajo que aparece bajo la firma de Colectivo de Historia y con el título de "La dictadura de Primo de Rivera y el bloque del poder en España", aparecido en el tomo II que sobre "La vía nacionalista del capitalismo español" publicó con carácter monográfico los Cuadernos Económicos de Información Comercial Española.

Es esta misma publicación, la